**Sábado de oración – 6 de agosto de 2022 – Transfiguración**

*P. Sergio García, msps*

Jesús, el empeño de seguirte o, mejor dicho, la necesidad de escuchar tu llamada viene hoy un momento especial de discernimiento. No contemplo este día aislado de tu ministerio pastoral como si hicieras un paréntesis, olvidaras la encarnación y recuperaras por un momento tu realidad divina.

La transfiguración es parte esencial de la encarnación. No sólo la realizas como un adelanto de explicación de lo que te va a suceder en la pasión, sino como expresión necesaria de una opción al tomar nuestra naturaleza humana, creada a imagen y semejanza de Dios.

Toda encarnación tiene su mejor momento en una transfiguración. El Padre vuelve a presentarte Jesús como su hijo muy querido; la historia de la salvación representada en Moisés y Elías convergen en este momento especial de entrega que hiciste habiendo salido del Padre para habitar con nosotros y esperando vivir la plenitud de tu amor apasionado en la cruz.

¿Y la luz? ¿Y la blancura de tu ropa? Poniendo en contexto litúrgico la transfiguración se presenta como una de sus mejores recompensas. Empezamos afrontando tus tentaciones en el desierto y, hoy, hay que superar otra tentación expresada en el “*qué bien se está aquí, vamos a hacer tres tiendas, tres espacios cómodos tranquilos uno para ti, los otros dos para Moisés y Elías.*

Y, al escuchar de nuevo la Palabra del Padre que te presenta como Hijo muy amado al que hay que escuchar, toda transfiguración se termina, toda luminosidad se desvanece, toda tendencia a instalarse ahí se rompe. Hay que superar esa tentación y seguir en la sencillez de una vida fiel al proyecto del Padre y mirando con claridad el conflicto. Pero está ya en el horizonte definitivo la glorificación total y última la madrugada de la resurrección.

Jesús, mi querido Señor Jesús, ahora nos plantas de nuevo ante la realidad que va a marcar la diferencia entre ser tus discípulos cercanos o simples admiradores.

Hoy, como si fuera cualquier cosa, nos pides ser perfectos como el Padre celestial es perfecto. Para eso hay que amar a los enemigos, orar por los que nos persiguen, saludar a todo mundo. Todo esto es estar en armonía con los que vas haciendo camino, sean cuales sean sus acciones y actitudes. Creo que no hay mejor transfiguración que esta capacidad de amar, perdonar, saludar, aguantar toda persecución.

Perdonar… Amar… Orar… lo habíamos escuchado hace poco, lo cual quiere decir que esto es lo más característico de tu mensaje. Tu evangelio es esto. Tu encarnación tenía como objetivo proponer esto y verlo realizado en los tuyos. Más aún, los que hagan y vivan este evangelio, son los que de verdad te pertenecen.

Estos son los que levantan al mundo; de ninguna manera el nuevo orden mundial de la economía, el poder, la inversión de valores. No se trata de precauciones por si llega el fin del mundo. Has dejado muy claro tu posición ante esto. Quieres quitarnos distracciones inútiles. Este evangelio es el auténtico mensaje, mi Jesús, que requiere un ponernos en camino para lograrlo, es adueñarnos de tu Espíritu Santo para que haga posible lo imposible para nuestras débiles fortalezas.

Mediocres en tu seguimiento no es posible en el horizonte de tu pastoral, personas dispuestas a correr el riesgo de saludar, aunque no te saluden, de perdonar a quienes te han robado la dignidad, hacer oración y desear la bendición del Padre a quienes te han calumniado esos son los que de verdad te siguen, mi Jesús. Participan así de tu transfiguración.

¿Qué es muy difícil? Pues claro que lo es, seguirte Jesús es correr el riesgo de irse transformando en ti. Difícil, pero posible. Para el que cree todo es posible y por demás apasionante. Y la garantía es la exuberante luz, signo del Espíritu Santo.

Según esto, mi Jesús, es irte viendo en mí mismo. Ya no eres “un Tú” que estás fuera de mi. Lo decía admirablemente tu apóstol Pablo: “*Ya no vivo yo, es Cristo el que vive en mi”.*

La trasfiguración del mañana se convierte en transformación de hoy. Orando, amando, bendiciendo, saludando, estrechando vínculos de fraternidad, perdonando con toda la fuerza que trae en si cada verbo. Decirles a Moisés y Elías que ya no son necesarios en este contexto nuevo de transfiguración.

Sólo así mi oración de este día estará muy lejos de una experiencia alienante; por el contrario, será la fuerza de mucha vida que quieres, mi querido Señor Jesús, en el cada día de mi oración.

Allá, tus apóstoles después de haber sido envueltos en el misterio de una luz deslumbrante a nadie vieron sino sólo a ti mi querido Señor Jesús. Es lo que anhelo de todo corazón. Amén.